



Boletin de Noticias NS

**NSDAP/AO : PO Box 6414
Lincoln NE 68506 USA
www.nsdapao.org**

#1156

11.05.2025 (136)

Hitler en guerra : ¿Qué ocurrió *realmente*?

por A.V. Schaerffenberg

Parte 3

Capítulo 2: Las raíces de la derrota

Nunca en nuestra historia hemos sido derrotados por la fuerza de nuestros enemigos, sino siempre por nuestros propios vicios y por los enemigos de nuestro propio campo."

Adolf Hitler, *Mein Kampf*, volumen 2, capítulo XV.

El Ejército era para el pueblo alemán lo que la Constitución de Estados Unidos es para los estadounidenses, o la monarquía para los ingleses. Cada pueblo necesita en su cultura algo que signifique profundamente su identidad particular. Con nombres como Federico el Grande y Otto von Bismarck como herencia, no es de extrañar que los alemanes consideraran a sus fuerzas armadas como la institución que mejor personificaba a su país. Pero con la destitución de Bismarck, el Estado Mayor alemán, utilizando a la impotente casa real como frente constitucional, se convirtió en el verdadero poder del país. Desde finales del siglo XIX hasta el final

de la Primera Guerra Mundial, el país fue gobernado por los aristócratas clasistas del ejército tras la fachada de una monarquía obediente, aunque simbólica. Sin embargo, con la humillación de noviembre de 1918, fueron expulsados del gobierno por los socialdemócratas y otros marxistas. A lo largo de la década de 1920, los generales empezaron a recuperar lentamente parte de su antigua influencia como símbolos visibles y poder militar de los capitalistas conservadores. Alemania se debatía entre las fuerzas egoístas de la izquierda y la derecha.

Cuando surgió el movimiento ideológico de cooperación de clases de Adolf Hitler, estos reaccionarios, cuyo mundo no se extendía más allá de las circunscritas fronteras del elitismo de sangre azul, se opusieron amargamente a él. Su objetivo era la restauración de la monarquía, tras cuyos bemoles, intelectualmente huecos, como el general Hugo von Hindenburg, los aristócratas del país podían gobernar con una majestad apenas velada. Ostensiblemente patrióticos, su concepto de "Alemania" se limitaba a Prusia y a sus propias clases altas. La clase media era despreciada como vulgares comerciantes, mientras que el llamado "proletariado" no era más que otra palabra para designar al campesinado. Además, los demás estados alemanes quedaban relegados a un segundo plano, para ser dominados, cuando no dirigidos, por los aristócratas superiores.

Fue este tipo de esnobismo insufrible el que contribuyó naturalmente al descenso de la moral entre los soldados alemanes de Baviera, Pomerania y todos los demás estados, de los que se esperaba que sufrieran y murieran durante la Primera Guerra Mundial no menos noblemente que sus homólogos prusianos. La propaganda aliada explotó con éxito estas divisiones regionales y de clase durante todo el conflicto. Fueron los mismos conservadores con conciencia de clase que sometieron al nacionalsocialismo a su primer baño de sangre, cuando dieciséis camaradas desarmados fueron fusilados por soldados del Reichswehr bajo las órdenes de sus oficiales de clase alta en Múnich, el 9 de noviembre de 1923.

Cuando Adolf Hitler fue elegido para formar un nuevo gobierno diez años más tarde, su mayor reto era preservar el ejército como institución emblemática de Alemania, al tiempo que se defendía de la hostilidad de sus odiosos aristócratas, empeñados en utilizarlo como marioneta, como habían hecho con von Hindenburg, o en sustituirlo por completo por algún monarca prusiano complaciente. El Führer y sus colegas más cercanos previeron este problema mucho antes de la toma del poder en 1933, pero estaban divididos en cuanto a su solución. Hitler creía que los antiguos mandos del ejército debían ser generosamente pensionados lo antes posible, permitiéndoles terminar su carrera activa, y que sus filas fueran reemplazadas constantemente por nacionalsocialistas.

Aunque ese proceso llevaba tiempo, era legal y tenía menos posibilidades de suscitar la oposición del Estado Mayor. Otros temían que los oficiales del ejército

no pudieran evitar comprender las consecuencias que para sus ambiciones aristocráticas presentaba la jubilación gradual, e instaban a su inmediata sustitución por miembros del Partido ideológicamente sólidos. Todos reconocían que el Estado Mayor era un nido de hostilidad al nacionalsocialismo y, por tanto, un gran peligro interno, sobre todo si el Tercer Reich se encontraba alguna vez en guerra. Stalin había purgado a sus poco fiables oficiales del antiguo ejército zarista y había puesto en su lugar a hombres políticamente fiables. Hitler debía hacer lo mismo. Así razonaban hombres como Ernst Roehm, Jefe de Estado Mayor de las Tropas de Asalto (las S.A., o *Sturmabteilungen*).

A finales de junio de 1934, Roehm quiso sustituir por la fuerza a los oficiales conservadores del ejército por sus propias tropas de asalto. Conocía la oposición de Hitler a esta medida y, por lo tanto, planeaba asesinarle también a él. Al enterarse de las intenciones de su líder de las S.A., el Führer arrestó personalmente a Roehm antes de que se produjera ningún enfrentamiento con los militares. Unos 300 conspiradores fueron ejecutados sumariamente, incluido personal ajeno a la S.A., incluso algunos hombres de las SS, desmintiendo a los historiadores convencionales que insisten en que Hitler persiguió a sus leales Camisas Pardas para ganarse el favor de los mandos del Ejército y sustituir a la S.A. por las "más fiables" S.S. En realidad, sólo actuó en defensa propia. La represión de la intentona aplacó los temores del Estado Mayor de que Hitler pudiera utilizar la violencia para hacerse con el control del ejército, pero también obstaculizó sus planes de convertirlo en nacionalsocialista.

Los aristócratas se atrincheraron y se resistieron obstinadamente a todos los esfuerzos por llenar las fuerzas armadas con hombres ideológicamente dignos de confianza. Cuando llegó la guerra, apenas cinco años después, la Wehrmacht seguía controlada por esnobs gentiles diametralmente opuestos al nacionalsocialismo y ansiosos por aprovechar cualquier oportunidad para destruirlo, incluso traicionando a su propio país. El jefe de la propia inteligencia militar del Reich, el almirante Wilhelm Canaris (de quien se hablará mucho más adelante), habló en nombre de sus compañeros traidores cuando dijo: "La victoria de Alemania sería una catástrofe mayor que su derrota."

En otras palabras, Canaris y los de su clase alta preferían la incineración de millones de mujeres y niños alemanes, las principales víctimas de los bombardeos de terror aliados, al éxito de Hitler. Una traición tan profunda sólo puede entenderse en el contexto de la mentalidad aristocrática. A ésta le repugnaba físicamente la colaboración de clases del nacionalsocialismo, en la que los trabajadores alemanes comunes se codeaban con la alta burguesía de buena cuna como miembros igualmente valiosos de la sociedad. Simplemente les mortificaba que su comandante en jefe fuera un mero comerciante austriaco y vulgar de las clases bajas, que

lo habían elegido tontamente para el cargo. Pero el desdén aristocrático hacia él se convirtió en rabia asesina, cuando este antiguo cabo primero obtuvo sistemáticamente la victoria en el campo de batalla, casi siempre en contra de sus estrategias profesionales (aunque obsoletas). La forma más eficaz de enfadar a un estúpido no es *decirle* que lo es, sino demostrarle que lo es. Esto fue lo que Hitler hizo repetidamente a los generales conservadores, ganándose así su enemistad sin remordimientos.

Muchos años después del bienintencionado pero equivocado intento de Roehm de expulsar por la fuerza a los aristócratas del Ejército -cuando acontecimientos mucho más conmocionantes hicieron que casi todos los demás olvidaran al fallecido Jefe del Estado Mayor de la S.A., el Dr. Joseph Goebbels, quizás el único de otros líderes, comprendió claramente las terribles consecuencias que se habían puesto en marcha tan sólo once años antes. El 27 de marzo de 1945, con su país en ruinas llameantes, se dio cuenta de que los viejos aristócratas del Estado Mayor habían costado a Alemania la guerra: "Le señalo al Führer con todo detalle que en 1934, por desgracia, no reformamos la Wehrmacht cuando tuvimos la oportunidad de hacerlo. Lo que Roehm quería era, por supuesto, correcto en sí mismo. Si Roehm hubiera sido una personalidad recta y sólida, con toda probabilidad habrían sido fusilados el 30 de junio unos cien generales en lugar de unos cien dirigentes de las SA. Todo el curso de los acontecimientos fue profundamente trágico, y hoy estamos sintiendo sus efectos. Aquel año había llegado el momento de revolucionar el Reichswehr. Tal como estaban las cosas, el Führer fue incapaz de aprovechar la oportunidad".

Desde su experiencia en primera línea en las trincheras, Hitler siempre había admirado al Estado Mayor como epítome de todo lo tradicionalmente valioso en su país, el sólido pilar de la nación alemana. Pero la desilusión gradual con sus martinetes clasistas fue una amarga decepción. Bien entrada la guerra, aún los consideraba con respeto. Demasiado tarde, llegó a lamentar la profunda estima que antes sentía por la mayoría de los mandos del ejército. "Durante años", dijo a Hans Frank, Gobernador General de la Polonia conquistada, "estos caballeros con sus elegantes pantalones de rayas rojas han traicionado, olvidado o vendido los principios de Moltke y Schlieffen. Esta presuntuosa casta Junker no es, en realidad, más que una colección de cabezas huecas, vacilantes y estirados" (Innes, 18). Los acontecimientos pronto demostrarían además que eran traidores.

A principios de la década de 1930 prevaleció un incómodo acuerdo entre el Partido y el Ejército. Sin embargo, en 1935, ante las crecientes amenazas del exterior, el Estado Mayor se opuso enérgicamente a los planes de rearme de Hitler. Durante las crisis del Ruhr, la República Checa y Austria, sus oficiales habían mostrado una singular falta de coraje o resolución, y Hitler sabía que se doblegarían ante

una confrontación internacional real. En consecuencia, el 4 de febrero de 1938, asumió el cargo de Comandante en Jefe del *Oberkommando der Wehrmacht* (el OKW), el Alto Mando de las Fuerzas Armadas. Muchos oficiales de alto rango se indignaron ante la mera perspectiva de tener que recibir órdenes de un antiguo cabo austriaco. Al año siguiente, su oposición pasó a la clandestinidad en la llamada "Conspiración de los Generales" para hacerse con el gobierno legal. Pero la cobardía de sus conspiradores la condenó al fracaso. Con la apertura de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939, los mandos del ejército se resistieron inicialmente y con urgencia a cualquier campaña en Polonia por considerarla "imposible de ganar". Después de haber sido arrastrados a regañadientes al campo de batalla por el ímpetu de la historia, sus desgastadas estrategias de 1914 estuvieron a punto de hacer perder la guerra en quince días. La resistencia del Estado Mayor a casi todas las campañas posteriores e incluso a muchas batallas sabotó continuamente el esfuerzo del soldado común por ganar, hasta que la guerra acabó por perderse.

Refiriéndose a la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial, Hitler había escrito ya en *Mein Kampf* que el desastre militar era siempre consecuencia de alguna debilidad interna, más que externa. Esta observación se aplicaba tanto a su propio Reich, con su conservadora Wehrmacht, como al conflicto que conoció de primera mano como joven soldado. Cuando llegó la guerra en 1939, tres cuartas partes de los hombres que aún ocupaban cargos en el gobierno y el ejército del Tercer Reich habían sido nombrados durante la República de Weimar. Pocos eran nacionalsocialistas. Otros tenían una disposición más o menos favorable hacia Hitler, pero la mayoría eran oportunistas aristocráticos que cumplían las órdenes sólo si estaban de acuerdo con el bienestar y el mantenimiento de su clase.

Mucho más tarde en la guerra, con Europa luchando por su vida durante los oscuros días de 1944, el Führer se horrorizó al saber que de sus 8.000.000 de soldados, sólo 260.000 habían sido enviados al frente. No era de extrañar que estuvieran tan terriblemente superados en número en todas partes. En mayo de ese mismo año, las fuerzas soviéticas rompieron inesperadamente la línea sur de los alemanes, forzando una rápida retirada a Sebastopol, que cayó poco después, porque el Estado Mayor no había suministrado suficientes armas y municiones almacenadas en abundancia en los depósitos cercanos.

Quizás el caso más decisivo de traición aristocrática ocurrió en el verano de 1941. El asalto de Hitler contra Rusia hasta entonces había sido un éxito total, para sorpresa y celos profesionales de los generales del ejército, que se habían opuesto a él casi hasta la saciedad. Ahora querían asumir la dirección completa (y el mérito) de una campaña que ya parecía ganada. Desde el principio, el Führer había insistido en que la victoria debía ser rápida, con el enemigo derrotado antes del invi-

erno, porque Alemania simplemente no disponía de los recursos necesarios para un conflicto prolongado. Y Rusia era tristemente célebre por su desastroso clima, capaz de paralizar a cualquier ejército. Para lograr el éxito a tiempo, el principal objetivo estratégico era destruir o capturar los suministros soviéticos de petróleo, hierro y manganeso. Sus generales se opusieron. Insistieron en que había que atacar los centros industriales de la URSS. Hitler contraatacó señalando que si los ingleses habían sido capaces de poner sus fábricas fuera del alcance de la Luftwaffe, también podían hacerlo los rusos. Además, las fábricas de guerra pueden ser reconstruidas o reubicadas. La pérdida de petróleo y minerales, sin los cuales no pueden funcionar, es más grave. La pérdida incluso de muchas fábricas no es nada comparada con la pérdida de recursos naturales. De ahí que la conquista de Ucrania, la principal fuente de abastecimiento soviético, fuera primordial. La estrategia de Hitler prevaleció, y también lo hicieron las armas alemanas, hasta que se vio gravemente afectado por calambres abdominales a finales de agosto.

Durante casi tres semanas estuvo incomunicado. Cuando se recuperó lo suficiente para asumir de nuevo el mando del Frente Oriental, se alarmó al enterarse de que los generales habían aprovechado su enfermedad para desviar al Ejército hacia Moscú, con su industria pesada y la perspectiva de gloria para cualquier general que pudiera capturarla. Las tropas de la Wehrmacht acababan de llegar a los suburbios de la capital rusa, cuando una de las peores tormentas invernales de la historia paralizó su avance en seco. Justo en ese momento, los soviéticos contraatacaron, no sólo repeliendo a los alemanes, sino lanzándolos a una retirada precipitada. Peor aún, Hitler se enfrentaba ahora a librar una guerra prolongada para la que carecía de recursos naturales suficientes, mientras que los suministros del enemigo seguían intactos. De haber mantenido su estrategia, la URSS se habría visto obligada a rendirse. En cambio, gracias al Estado Mayor, la guerra había alcanzado un punto de inflexión desesperado que el Führer difícilmente podría restaurar a favor de Alemania.

La mayoría de los traidores aristócratas sobrevivieron a la derrota que provocaron para publicar sus propias versiones de los hechos, en las que describían uniformemente a Hitler como un loco aficionado que perdió la guerra porque se negó a escuchar sus consejos superiores. La mayoría de estos hombres escaparon a la "justicia" del tribunal canguro de los juicios de Nuremberg de la posguerra para vivir sus vidas en el mismo tipo de cómoda comodidad a la que su clase siempre había estado acostumbrada. Y es en gran parte debido a sus mentiras sobre la guerra publicadas para encubrir su propia ineptitud y traición que el mundo exterior sigue engañado sobre la verdadera conducta de ese conflicto.

Más que ningún otro factor de la Segunda Guerra Mundial, la traición cometida por el Estado Mayor alemán fue responsable de su desenlace.



¡El NSDAP/AO es el mayor suministrador mundial de propaganda Nacional Socialista!

Revistas impresas y online en muchas lenguas
Cientos de libros en casi una docena de lenguas
Sobre 100 webs en docenas de lenguas

